



HACERSE DISCÍPULOS DE JESÚS EN EL MODELO DEL CATECUMENADO

Joan Maria Amich Raurich
Vicario Episcopal. Delegado del Catecumenado
Diócesis de Girona

En el contexto del programa de formación permanente de este curso se nos habla de la necesidad de transformación de nuestras parroquias. Se desea reflexionar sobre el paso de parroquias de “mantenimiento” a parroquias evangelizadoras y misioneras, en línea con el reto lanzado por el papa Francisco en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*.

En la preparación de mi aportación ha surgido el recuerdo de un interesante documento que siempre ha captado mi atención en el momento de reflexionar sobre este objetivo: *El rostro misionero de las parroquias en un mundo que cambia*.¹ En él se señala que

ya no se puede dar por sentado que se sepa quién es Jesucristo, que se conozca el Evangelio, que se tenga algún tipo de experiencia de Iglesia. Vale para los niños, los adolescentes, los jóvenes, los adultos; vale para nuestra gente y, obviamente, para tantos inmigrantes, provenientes de otras culturas y religiones. Hay necesidad de un renovado primer anuncio de la fe. Es tarea de la Iglesia como tal, y recae en cada cristiano, discípulo y, pues, testigo de Cristo; toca de una manera particular a las parroquias. Del primer anuncio derivan todas las acciones pastorales.

En la sesión anterior de este curso se reflexionó ampliamente sobre la temática del primer anuncio. Hoy nos corresponde dar un paso más. En el proceso de la evangelización, al primer anuncio le sigue la etapa de la Iniciación cristiana que, cuando se trata de no bautizados, se organiza en torno al Catecumenado y a la riqueza de procesos que él genera. *Hacerse discípulos de Jesús* es su objetivo y el proyecto que la Iglesia nos ofrece a través de él. Intentaré que mi reflexión esté acompañada también por la experiencia del trabajo catecumenal que desde hace unos años realizamos en mi diócesis de origen.

¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia*, Nota pastoral, 2004.

1. Adultos en camino hacia la fe cristiana

Hoy, es un hecho que existen personas adultas que se acercan a la fe cristiana. No se trata de un acercamiento masivo, pero sí significativo en muchas regiones de Europa. En los últimos años, la Conferencia Episcopal italiana ha reflexionado ampliamente sobre esta situación y sobre los caminos de los jóvenes y adultos que se dirigen en la Iglesia pidiendo los sacramentos o un itinerario de descubrimiento de la fe. Lo hizo en tres notas pastorales que publicó sobre el trabajo catecumenal en aquel país.²

Después de constatar el carácter incipiente del fenómeno, establece una descripción de las situaciones diversas o grupos de personas que efectúan estas demandas. Vale la pena recogerla porque no difiere demasiado de la realidad con la cual nos encontramos nosotros y en otros países europeos. Se señalan las siguientes constantes:

a) Personas que no han sido bautizadas en la primera infancia, a pesar de proceder de familias tradicionalmente cristianas. Los padres, no creyentes o en situaciones conyugales irregulares o personas con una actitud contestataria hacia la Iglesia y sus instituciones, creyeron que era su deber dejar a los hijos la decisión de hacerse cristianos cuando llegaran a una edad juvenil o adulta.

b) Personas que buscan algún tipo de integración: hombres y mujeres que proceden de otras culturas o de religiones no cristianas, que desean crear vínculos con el país que las ha acogido, mientras, en algún caso, planean su boda; trabajadores que, además de encontrar un lugar, han encontrado también un ambiente solidario y comprensivo; jóvenes que han encontrado grupos eclesiales abiertos y vivos; niños que van a escuelas con un ambiente cristiano y piden el bautismo, y que, al hacerlo, involucran a sus padres.

c) Personas que buscan una respuesta a los problemas que la existencia les plantea: aquellos que piden a la fe el porqué de sus sufrimientos o de los sufrimientos de otros, de una desgracia imprevista, de un luto, de una situación familiar desestructurada... o bien piden la respuesta a sus preguntas sobre los grandes enigmas de la existencia.

d) Personas, ya bautizadas, que han iniciado una búsqueda del sentido de la vida fuera del cristianismo, quizás en otras religiones o experiencias religiosas, y desean verificar si en la religión que fue para ellos familiar, se da

² CONSEJO EPISCOPAL PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA. *La Iniciación Cristiana*

1. *Orientaciones para el catecumenado de los adultos*. Nota pastoral. (30 marzo 1997)

2. *Orientaciones para la iniciación cristiana de los niños de los 7 a los 14 años*. Nota pastoral. (23 de mayo de 1999)

3. *Orientaciones para despertar la fe y completar la iniciación cristiana en edad adulta*. Nota pastoral. (8 de junio de 2003)



la respuesta que han buscado en otros lugares. Católicos que, habiéndose adherido a alguna secta religiosa, piden volver a la Iglesia católica, abriéndose así a volver a descubrir la vida cristiana a través de un verdadero y propio itinerario de fe y no simplemente con la readmisión a los sacramentos.

e) Personas que, con motivo de pedir el Bautismo para un hijo o la celebración de la Confirmación o de su primera Comunión, reflexionan sobre la autenticidad de la motivación que ha originado aquella petición. También la decisión de celebrar el sacramento del matrimonio ofrece a algunos la oportunidad de descubrir y de profundizar en el proyecto de vida que brota de la fe y transformar el camino hacia su boda en un verdadero y propio itinerario de fe.

f) Personas pertenecientes a otras confesiones cristianas que, a través del encuentro con comunidades católicas vivas o con fieles seriamente comprometidos, pueden ser conducidas hacia la adhesión a la Iglesia católica y a emprender el itinerario de completar la iniciación cristiana o de acogida en la plena comunión de la Iglesia.

Esta descripción hace aparecer dos grandes grupos. Por un lado, aquellos que han tenido poca o nula relación con el cristianismo, que no han recibido el bautismo y, por lo tanto, no son “fieles cristianos” en el sentido propio de la expresión. Por la otra, aquellas personas que, habiendo sido bautizadas en su niñez, no han llegado nunca a una asunción personal de la fe cristiana o, de hecho, la han abandonado. San Juan Pablo II se refería a este segundo grupo subrayando su condición de “cuasicatecúmenos”: aquellos que en la niñez recibieron la catequesis correspondiente a su edad, pero que después se han alejado de toda práctica religiosa y se encuentran, en la edad madura, con conocimientos religiosos más bien infantiles; quienes se resienten de una catequesis sin duda precoz, pero mal orientada o mal asimilada; quienes, a pesar de haber nacido en un país cristiano -aun en un contexto sociológicamente cristiano-, nunca han sido educados en la fe y, una vez adultos, son verdaderos catecúmenos.

La experiencia catecumenal va dirigida a unos y a otras, estableciendo pero una clara distinción entre aquellos que no han recibido el bautismo (que serán propiamente los “catecúmenos”) y aquellos que piden completar la iniciación cristiana o retomar el camino hacia la vivencia de la fe. Actualmente, mientras el proceso para aquellos que piden los sacramentos constituye un itinerario claro y estructurado, el camino de los que se proponen rehacer su experiencia cristiana después de un periodo más o menos largo de alejamiento todavía no se puede decir que cuente entre nosotros con instrumentos oficializados, aceptados por todo el mundo y, por lo tanto, generalizables.

2. Una posible interpretación de los datos

Sin olvidar que todo itinerario de fe constituye una experiencia única y poco enmarcable en categorías convencionales, esta descripción merece una lectura que ayude a valorar estas aproximaciones.

- En primer lugar, hay que decir que —salvo en el caso de Francia— **la experiencia europea todavía es demasiado reciente y variada para poder hacer un análisis de la situación y de sus motivaciones**. No hay que olvidar que en muchas regiones estamos apenas en los comienzos y en números muy limitados y todavía no demasiado significativos. No hay estudios elaborados que permitan hacer una valoración. Existe, eso sí, intuiciones fruto del trabajo realizado en las diócesis. La creación de los servicios diocesanos del catecumenado patentiza la preocupación por responder adecuadamente a una demanda y a unas necesidades crecientes. Aun así, la ambigüedad y la diversidad de estas demandas generan la pregunta sobre qué es lo que realmente se busca. Muchas veces las personas que se dirigen a la comunidad cristiana no saben cómo expresar su petición, ni nosotros sabemos exactamente cómo interpretarla o como responder de una manera adecuada.

Sólo el camino hecho conjuntamente podrá ir ayudando a discernir las motivaciones, expectativas y proyectos de aquellos que se acercan a la comunidad eclesial. Se trata de recorrer con los destinatarios muchos pasos que deberán proporcionarles la infraestructura espiritual indispensable para desarrollar la dimensión de trascendencia con la que germinalmente ya cuentan. Dar por supuesto este sujeto, correr demasiado deprisa, constituye uno de los errores donde fácilmente puede caer una práctica de la iniciación cristiana que el catecumenado desearía corregir.

- En segundo lugar, **la pluralidad de accesos a la fe cristiana seguramente puede comportar una gran variedad en los resultados finales**, es decir, en la manera como estas personas encarnarán el cristianismo. Vale la pena recordar la opinión de algunos sociólogos de la religión cuando establecen que actualmente la adscripción en una institución vive una gran transformación por el paso de las llamadas “instituciones de identificación” a las “instituciones de servicios”. Se habla de un declive progresivo de una institucionalidad que conduce a la socialización de los individuos en el seno de un universo común que comparte unos valores trascendentes. En este paisaje descompuesto, emergen nuevas formas de sociabilidad fundamentadas sobre la elección y la implicación personales, la primacía dada a las relaciones interpersonales y la validación mutua de las significaciones compartidas en el seno de redes de afinidades móviles y modulables (...) La identidad recibida en la institución no controla el compromiso del individuo. Es del compromiso personal en sí mismo de quien se recibe la identidad.



Este hecho que crea perplejidad no deja de ser una característica difícilmente negligible de la evolución de nuestras sociedades. Quizás habrá que aceptar una mayor pluralidad en las formas de vivir el cristianismo que resultarán necesariamente de este proceso. Esto no tendría que significar precipitarse en un pendiente individualista, absolutamente extraño al cristianismo. Sin embargo, la Iglesia está llamada a ofrecer una propuesta adecuada, que permita que las personas encuentren al Señor no individualmente sino en fraternidad, en la plena apertura al designio de Dios, que quiere «santificar y salvar los hombres no individualmente, sin ninguna conexión los unos con los otros, sino que los ha constituido en un pueblo que lo reconociera de verdad y lo sirviera santamente» (LG, 9).

- Un tercer elemento de esta lectura interpretativa hace **constatar la existencia de una nueva manera de comprender y vivir el tiempo y su relación con el proyecto de vida.** Las referencias temporales se han laicizado y tienden a quedar enmarcadas por la lógica puramente económica, característica de nuestra sociedad. El momento de la decisión del sujeto hacia la propuesta cristiana no queda necesariamente referido a un punto temporal determinado por la tradición. El lema publicitario del catecumenado francés se sitúa en esta percepción: *À toute âge, on peut devenir chrétien.* Ante la amplitud de posibilidades religiosas, cada cual se da su tiempo y prefiere madurar o diferir sus opciones. Mayoritariamente, en aquellos que lo desean no existe ni prisa ni inmediatez en la hora de acelerar el camino para recibir los sacramentos, por ejemplo. Y es que la relación de nuestros contemporáneos con el tiempo hace que entiendan que su inscripción en el cristianismo tiene que ser pausada y progresiva. Se inserta a través de un proceso paciente. El tiempo de la fe va al ritmo del de su propia vida. No les cuesta entender que convertirse en cristiano necesite un largo camino. El itinerario de fe en su conjunto aparece, así, como catecumenal y evolutivo.

- Y un último elemento: los condicionamientos sociológicos no pueden hacer olvidar **la dimensión de fe con la cual se tiene que contemplar el acercamiento de aquellos que quieren ser cristianos.** La decisión por la conversión es un misterio que se consuma en la secreta relación entre el amor gratuito de Dios y la libertad del hombre. Son insondables las razones que empujan a las personas hacia una adhesión a la fe cristiana, pero la búsqueda es ya apertura a Dios y disponibilidad a acoger su revelación plena en Cristo, porque el Espíritu alienta donde quiere y cómo quiere (cf. Jn 3,8). La misma confiada petición de creer por parte de los paganos es indicada por Jesús como fe, y como «fe ejemplar» (cf. Mt 8,5-13; 15,21-28).

3. La respuesta eclesial desde el Catecumenado

A pesar de su carácter embrionario, el trabajo catecumenal quiere ser un instrumento y una propuesta operativa de la Iglesia por estas personas que, desde puntos de partida muy diversos, se acercan a la fe cristiana. La institución del catecumenado es la reanudación de una práctica con una larga trayectoria en la historia. Esto no significa que se haya pretendido simplemente la restauración de una institución de la Iglesia antigua con buenos frutos en los primeros siglos, sino que se quiere dar una respuesta hoy a los problemas del hombre y de la Iglesia, teniendo siempre en cuenta las experiencias vividas en siglos que presentan analogías extraordinarias con nuestro tiempo.

3.1 *La experiencia del catecumenado antiguo*

Los escritos del Nuevo Testamento muestran como -desde los primeros tiempos- los convertidos al anuncio del Evangelio, después de haber aceptado la fe, son incorporados al pueblo de Dios mediante el Bautismo, el don del Espíritu Santo y la participación en la Eucaristía (cf. Ac 2,38; 1Co 10,1-4; Ef 5,26.29; He 6,4-5).

A partir de estos datos sobre la práctica apostólica, en los siglos II y III, se empezó a institucionalizar en la Iglesia un periodo de formación para los nuevos creyentes que precedía a la celebración del Bautismo. La institución del catecumenado vivió un periodo de gran esplendor durante los siglos III y IV, y después de debilitarse durante la segunda mitad del siglo V, fue desapareciendo progresivamente en los siglos siguientes.

El catecumenado antiguo, a pesar de que presentó formas diferentes en cada una de las Iglesias particulares según las situaciones en que se encontraban, conserva algunas características comunes. Tenía unas etapas de formación en orden a los sacramentos, que estaban precedidas por un tiempo de orientación a la fe, y seguidas, en último lugar, por un tiempo de intensa reflexión sobre la experiencia sacramental. A través de fórmulas diversas podemos distinguir un tiempo de primera evangelización destinado a suscitar la fe y la conversión; una etapa propiamente catecumenal, como periodo de formación y de prueba; la etapa cuaresmal, de carácter penitencial, que culminaba con la celebración de los sacramentos en la Vigilia pascual; y, finalmente, la catequesis mistagógica, que quería explicar los signos litúrgicos y su significado para la existencia cristiana. Se mantiene una concepción de los sacramentos que tiene que incluir la fe como dimensión fundamental y se considera la Eucaristía como el vértice de todo el proceso de iniciación.

Si algo caracterizaba aquella práctica eclesial era su severidad y su voluntad de sostenerse en la autenticidad pastoral. Se trataba de preparar adecuadamente a los catecúmenos no sólo para celebrar los sacramentos, sino



también para mantener una personalidad cristiana duradera, capaz de resistir en una sociedad marcada por el paganismo y en una Iglesia castigada por la persecución. La misma admisión al catecumenado iba precedida por un cauteloso examen sobre las motivaciones de cada cual y sobre su disponibilidad a abandonar prácticas y profesiones que, por su vinculación con el paganismo, se consideraban contradictorias con el itinerario que se quería iniciar y con la futura condición de cristiano.

Aun así, la evolución posterior del catecumenado hace ver que la Iglesia fue intentando un justo discernimiento entre la misericordia y la laxitud. San Agustín se había dado cuenta de que el exceso donatista que tendía a la instauración de una “Iglesia de los puros” era tan peligroso como el abandono de la disciplina eclesial. En la pastoral, había que saber conjugar la firmeza con la bondad, «sin mostrarse débiles en nombre de la paciencia, ni duros con el pretexto del celo» (*De fid. et op.* 5,7).

3.2 *El modelo del Ritual de la Iniciación cristiana de los adultos*

Promulgado por Pablo VI en 1972, el *Ordo initiationis christianae adultorum* (RICA) responde a una demanda y a una decisión del Concilio Vaticano II que optó para restablecer el catecumenado de los adultos en varios grados y urgió una revisión de los rituales del bautismo de los adultos, que tuviera en cuenta aquella reinstauración.

3.2.1 Intuiciones fundamentales

Podríamos decir que -en sentido propio- el RICA es un ritual, pero al mismo tiempo es mucho más que un libro litúrgico. Desde muchas ópticas, se lo puede considerar el modelo para la formación de los cristianos adultos. La fisionomía del proceso catecumenal que recoge lo convierte en un paradigma eclesial para responder a la multiplicidad de las peticiones que hemos señalado en esta aportación. Y más allá de esto, se incide en todo el planteamiento evangelizador de la Iglesia, convirtiéndose en el modelo inspirador de su acción catequizadora.

El análisis de los *Praenotanda* del texto hace dar cuenta de la práctica eclesial que se quiere promover. En continuidad con el catecumenado antiguo, a aquellos que se acercan a la fe por la conversión, se les propone una iniciación hecha *gradualmente, en conexión con la comunidad de los fieles* (n.4), que *se acomoda al camino espiritual de los adultos, que es muy variado* (n.5), *en el cual hay «grados» o etapas, mediante los cuales el catecúmeno ha de avanzar, atravesando puertas, por así decirlo, o subiendo escalones* (n.6)

Es un tiempo largo, en el cual los candidatos reciben una instrucción pastoral y se ejercitan en una apropiada forma de vida, gracias a las cuales sus

disposiciones espirituales llegan a la madurez. Está dividido en cuatro etapas que se van sucediendo:

- 1) El primer tiempo, o etapa, por parte del candidato exige investigación, y por parte de la Iglesia se dedica a la evangelización y «pre-catecumenado» y acaba con el ingreso en el grado de los catecúmenos.
- 2) El segundo tiempo comienza con este ingreso en el grado de los catecúmenos, y puede durar varios años, y se emplea en la catequesis y ritos anejos. Acaba en el día de la «Elección».
- 3) El tercer tiempo, bastante más breve, que de ordinario coincide con la preparación cuaresmal de las Solemnidades pascuales y de los sacramentos, se emplea en la «purificación» e «iluminación».
- 4) El último tiempo, que dura todo el tiempo pascual, se dedica a la «mystagogia», o sea a la experiencia espiritual y a gustar de los frutos del Espíritu, y a estrechar más profundamente el trato y los lazos con la comunidad de los fieles.

Se entrevé el carácter explícitamente iniciático del proceso: más que hacer la proposición de unos conocimientos, se busca una adhesión y una fundamentación de la conversión fruto de la experiencia que se realiza.

El proceso formativo se sostiene gracias a la escucha de la Palabra interiorizada en la catequesis, por ritos y celebraciones, por ejercicios ascético-penitenciales y por el acompañamiento eclesial. Los cuatro caminos, la conversión, la catequesis, los ritos litúrgicos y el testimonio de la vida, son realidades diferentes y a la vez fundamentalmente vinculadas y dependientes la una de la otra.

Ante la posibilidad de parcializar la formación, se quieren conjugar equilibradamente todos los aspectos educativos que tienen que conducir a una personalidad cristiana madura. Es importante subrayar que este planteamiento del catecumenado que hace el RICA consolida la concepción que dio de él el Concilio Vaticano II. El catecumenado

no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en los tiempos sucesivos, introduzcanse en la vida de fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios.³

La teología de antes del Concilio tendía a reducir el concepto de iniciación cristiana a su final, a la celebración de los sacramentos. Ahora, la formación catecumenal es vista como un elemento interior de esta iniciación y no como

³ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, 14.



una simple preparación previa a una iniciación que sólo se produciría a través de los sacramentos.⁴ Este es un salto cualitativo –fruto del Vaticano II y de su recepción- que se tiene que considerar de la máxima importancia para la renovación de la práctica eclesial en el campo del engendramiento de los nuevos creyentes. Durante el camino catecumenal el bautismo de alguna manera ya ha empezado: el camino que se realiza tiene un valor decisivo para conseguir el objetivo que se propone.

3.2.2 Un ámbito de influencia amplio

Propiamente, los destinatarios de las previsiones del RICA son los adultos que, *al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión* (n.1). A estos, se les ofrece un proceso, suficientemente espaciado en el tiempo, para descubrir la fe, profundizarla con un aprendizaje de la vida cristiana integral y, al final, a través de los sacramentos de la iniciación, llevarlos a la participación en el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo y a la integración plena en la Iglesia.

Aun así, se constata que, con los años, se ha ido produciendo un ensanchamiento del área de influencia del RICA y de su posible aplicación. La causa la encontramos en la densidad de las intuiciones que refleja y en las posibilidades que tienen para responder a las nuevas situaciones con las cuales se encuentra la tarea evangelizadora de la Iglesia.

El prólogo de la edición italiana de 1978 ya señala que también se dirige a aquellos que, a pesar de haber sido bautizados, no han recibido ninguna educación ni catequética ni sacramental. De hecho, esta afirmación parece lógica en cuanto que el mismo ritual prevé itinerarios para personas bautizadas que tienen que completar su iniciación cristiana o para bautizados válidamente que piden la admisión a la plena comunión de la Iglesia católica. Aun así, aunque estos adultos no hayan llegado a escuchar el anuncio del misterio del Cristo, su condición es diferente de la condición de los catecúmenos, comoquiera que ya han sido introducidos en la Iglesia y han sido hechos hijos de Dios por el bautismo. Así, su conversión se fundamenta en el bautismo ya recibido, la fuerza del cual, por lo tanto, tienen que desarrollar.

⁴ En el Concilio Vaticano II «varios obispos, entre ellos el arzobispo Wojtyla, futuro Juan Pablo II, pidieron una concepción de la iniciación en un “sentido amplio”, más pastoral. Y así lo hace el decreto *Ad Gentes*. Citamos dos expresiones del arzobispo Wojtyla en su intervención, respetando el texto latino: “Ipsa notio initiatio christiana habet sensum etiam pastorem”; “Initiatio fit non tantum por ipsum Baptisma sed etiam por catechumenatum”». R. LÁZARO, *De Catechesi Tradendae al Directorio General para la Catequesis a Llevar al mundo el misterio de Cristo*, Edice, Madrid 2005. p.135, nota 23.

4. Unas claves pastorales como conclusión

El RICA es un ritual estrictamente hablando, pero tiene la vocación de inspirar e iluminar la pastoral que de él se desprende. Por medio de una larga lista de documentos oficiales, la Iglesia tanto universal como local no han dejado de señalar la urgencia, bien de implantar el Catecumenado en sentido estricto, bien de emprender procesos de estilo o inspiración catecumenal.

Cinco claves pastorales⁵ pueden ayudarnos a entender la oportunidad de esta decisión y de las prescripciones que de ella se derivan:

- a) **Respuesta a la nueva situación:** La Iglesia se ve necesitada de superar la situación del gran número de cristianos meramente sociológicos, bautizados no convertidos que la forman. El Catecumenado aparece como una alternativa, con un contraste radical respecto a la línea pastoral del pasado inmediato.
- b) **El sujeto humano receptor del Catecumenado:** ni abstracto ni parcial, sino histórico y globalmente considerado. La atención pastoral prioritaria será ayudar al reconocimiento y a la asunción serena de la propia condición de «ser necesitado de salvación».
- c) **El Misterio que se ofrece,** sin descuidar ninguna de sus dimensiones, como son la Verdad, la Bondad y la Belleza. Estas dimensiones se corresponden con lo doctrinal, lo moral y lo litúrgico, poniendo así en juego todas las dimensiones de la persona entorno a Jesucristo, en torno a quien todo el proceso catecumenal debe girar.
- d) **Dimensión pneumatológica y sacramental:** todo el Catecumenado es una obra «en el Espíritu», una especie de inmersión vital del catecúmeno en el Misterio. De ahí que, entre otras cosas, sea necesaria la iniciación a la oración y un adecuado discernimiento, el descubrimiento de la presencia del Espíritu a través de signos constatables.
- e) **El sujeto y el espacio eclesial:** el Catecumenado es una obra de la Iglesia que está presente en todo el proceso, en todas las etapas que el catecúmeno recorre y es el sujeto propio de la acción de discernimiento, que se realiza mediante ministros y agentes concretos.

⁵ A. CORTÉS SORIANO, *Claves pastorales del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, EDICE, Madrid 2011.